

FM/1453

JESUS SUEVOS FERNANDEZ

MADRID Y AZORIN

(CONFERENCIA)



MADRID
ARTES GRAFICAS MUNICIPALES

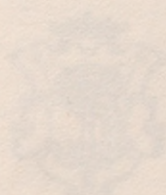
—
1971

AYUNTAMIENTO DE MADRID

MADRID Y AZORIN

Conferencia pronunciada dentro del ciclo artísticos
Nacional a Azorin por el EXCMO. SR. DON
DON JOSÉ SERRA ESPINOSA, Primer Teniente
de Alcalde y Concejal Municipal del Movimiento
en el Salón de Tardes de la Casa de Cultura.

MADRID Y AZORIN



MADRID
AYUNTAMIENTO MUNICIPAL
1991 - 990.31 (M. local 00000000)

Ayuntamiento de Madrid



MADRID Y AZORIN

Depósito legal: M. 18.009 - 1971



Ayuntamiento de Madrid

AYUNTAMIENTO DE MADRID

MADRID Y AZORIN

Conferencia pronunciada, dentro del ciclo «Homenaje Nacional a Azorín», por el EXCELENTISIMO SEÑOR DON JESUS SUEVOS FERNANDEZ, Primer Teniente de Alcalde y Consejero Nacional del Movimiento, en el Salón de Tapices de la Casa de Cisneros, el día 4 de marzo de 1968



MADRID
ARTES GRAFICAS MUNICIPALES

1971

Ayuntamiento de Madrid



AYUNTAMIENTO DE MADRID

MADRID Y AZORIN

Conferencia pronunciada dentro del ciclo «Homenaje
Nacional a Azorin» por el EXCELENTISIMO SEÑOR
DON JESUS SUEVOS FERNANDEZ, Primer Teniente
de Alcalde y Consejero Nacional del Movimiento,
en el Salón de Tapices de la Casa de Cisneros,
el día 4 de marzo de 1968



MADRID

ANTES DE LAS 12 HORAS

1971 1972



Ayuntamiento de Madrid

SEÑOR ALCALDE, SEÑORES CONCEJALES Y DELEGADOS DE
SERVICIO DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID, SEÑORAS,
SEÑORES:

La Corporación Municipal madrileña, en nombre propio y representando al pueblo de Madrid, ha querido sumarse cordialmente a los homenajes que en toda España se dedican a uno de los más egregios escritores españoles de todas las épocas: al maestro *Azorín*. Y, en principio, como es lógico, se había pensado que asumiese nuestra voz en este acto alguno de los ilustres historiadores, ensayistas o críticos que tantas veces nos han honrado con su colaboración y de los que tan gratas lecciones hemos recibido. Pero el señor Alcalde y su Delegado de Educación y Cultura han creído que sería muy simpático y, en cierto modo, ejemplar que fuese alguien de esta misma Casa, un miembro activo de la Corporación, el que pechase directamente con el honor y la responsabilidad de esta ceremonia conmemorativa. Esta es la causa de que yo esté aquí, ahora, ante ustedes, procurando no ser indigno de la confianza que en mí se deposita y del nivel cultural y literario que el tema y ustedes mismos exigen. "A tout seigneur, tout honneur", suelen decir los franceses. Y la memoria de *Azorín* y el público tan selecto que siempre se reúne en esta sala, hacen necesario que mi voz se esfuerce por ser, al menos, discreta y, en lo posible, perspicaz. Les suplico, pues, a todos, señoras y señores, un ancho margen de benevolencia.

Es difícil hablar de una figura literaria como la de *Azorín*, sobre la que se ha escrito mucho y muy certero, sin caer en el tópico o, sencillamente, en la vulgaridad. Cuando se alcanza, como

la alcanzó *Azorín*, una cima en el mundo literario, es inevitable que los ojos más escrutadores y las plumas más incisivas se hayan concitado para desentrañar todos sus secretos, tanto fabuladores como estilísticos, y mostrarnos lo que hay en él de originalidad y magisterio. ¿Cómo añadir algo que tenga un mínimo de interés, de intuición reveladora, de feliz sorpresa que justifique un trabajo, aunque sea tan forzoso y nada profesional, como el que leo ante ustedes? En principio, parece imposible. Pero en algunas ocasiones, unos ojos sencillos, un ánimo en cierto modo ingenuo, consiguen captar matices que, por considerarse menos enjundiosos, han pasado si no inadvertidos, sí a un segundo término en el que esperan su reivindicación. Esto hace posible que en la personalidad literaria y la obra de *Azorín*, como en todos los grandes temas, existan aún nuevos matices que desvelar.

A nadie se le oculta que en *Azorín* hay, sobre todo, un gran escritor en el sentido más pleno y literal de la palabra: es decir, un maestro del idioma que utiliza y en el que se expresa. Suele repetirse demasiado lo que, a pesar de todo, es una gran verdad: que el estilo es el hombre. Porque el idioma no es solo una articulación y un vehículo verbales que utilizamos para expresar nuestro pensamiento o nuestras sensaciones, sino una sutilísima materia que al ser traspasada por nuestra personalidad adquiere un ritmo, un temple, una vibración, una contextura que reflejan el espíritu y el ánimo del escritor como si fuese el más límpido de los espejos. Se puede decir, en cierto modo, que a través de un lenguaje, de una manera de hablar o de escribir, el ser humano se muestra psicológicamente desnudo a sus semejantes. Lo que realmente importa no es lo que se diga, sino "cómo" se dice. Porque el hombre puede mentir diciendo una cosa por otra, pero no puede decirlo de una manera o de otra sin que se descubra su veracidad o falsedad fundamentales. Los estilos literarios son como las huellas digitales del espíritu por las que se puede identificar sin lugar a dudas lo que un escritor realmente es. Dime cómo escribes y te diré quién eres, podría sentenciarse parodiando

un proverbio popular. Y las huellas dactilares del estilo azoriniano son tan características que por ellas podríamos reproducir el genio y la figura de su estupendo creador, aunque nunca lo hubiéramos conocido.

Porque *Azorín* es, por encima de todo, un estilista en el sentido más profundo de la palabra, ya que fue nada menos que el creador de un nuevo y original estilo. Lo que hace realmente trascendental su figura literaria es que constituyó el gozne sobre el que ha girado la lengua española en un determinado momento histórico para cambiar de actitud—y de aptitudes—e iniciar una nueva etapa de su secular desarrollo. Se ha dicho que hasta *Azorín* se escribió el español de una manera y después de *Azorín* de otra. Y es verdad. La lengua española, heredera de una formidable tradición literaria, instrumento expresivo de un alma colectiva siempre en ebullición, tiene una natural tendencia al tono alto y el período largo: al exceso, el énfasis, la hipérbole, la prolijidad, la redundancia. Es un lenguaje altisonante, heroico, de andadura marcial y proclive a toda clase de barroquismos. Esto es evidente en nuestros clásicos, sobre todo en nuestros dramaturgos del Siglo de Oro, que, como dijo un gran poeta inglés con frase tan feliz como encantadora, parecen un tropel de caballos de largas crines galopando por el misterio de la noche. Y esa ampulosidad mayestática continuó a través de los siglos como si nuestro idioma no se pudiese hablar sino declamando y no se pudiese escribir sino con todos los velámenes de la retórica al viento. Basta leer nuestros grandes escritores del siglo XIX—y no hablemos de los grandes oradores de la época—para comprobar hasta qué punto el énfasis y el pleonismo siguen siendo los rodrigones de nuestra inspiración literaria. Todavía en los umbrales de nuestro siglo se escribía un español demasiado solemne y lujoso, desbordante de adjetivos, a través de una sinuosa sintaxis. Era, en realidad, un idioma anacrónico, inapto para servir de transporte a las nuevas ideas y la nueva sensibilidad de un mundo en transformación acelerada.

Entonces es cuando surge la generación del 98, que viene a replantear no solo nuestra postura en el mundo, sino —y esto es, acaso, más decisivo— nuestro lenguaje, tirando por la borda sus excesos fraseológicos para colocarlo en una sobriedad léxica y sintáctica que le permitiese ser el vehículo adecuado para una cultura cada vez más extensa y tecnificada. En realidad, lo que se pretendía era nada menos que una democratización del idioma: desmontarlo de sus ampulosidades, por así decirlo, oligárquicas y hacerlo asequible a las masas populares sin que perdiese su nobleza expresiva. La generación del 98 se puso a la tarea. Pero fue *Azorín* quien, realmente, hizo el milagro. Y lo hizo sin la menor demagogia, ya que su democratización de la lengua española la hizo a través de un proceso que podríamos calificar de aristocrático; no hay en él popularismos ni chabacanerías, sino comedimiento, sencillez, claridad y una gradación de difíciles simplificaciones hasta que su estilo se quedó en los puros huesos de la esencialidad. *Azorín* fue el gran asceta de la palabra: no es posible decir más cosas con menos vocablos. Alguno de esos insolentes profesionales del ingenio que abundan por las tertulias literarias, dijo que el español de *Azorín*, tan lacónico y casi sincopado, es un español de tartamudo. Como caricatura verbal no deja de tener gracia, pero sólo como caricatura, pues el lenguaje de *Azorín*, enjuto y enjundioso, es una de las prosas más bellas y elegantes de cuantas se han escrito en nuestra literatura. Aunque solo fuera por eso, merecería *Azorín* el homenaje que le dedicamos. Porque gracias a él escribimos los españoles un idioma más ágil y ceñido, más práctico y eficaz. Porque él es el padre del español moderno.

Pero *Azorín* no fue solo un prosista genial, sino, también, un “pequeño filósofo” como él mismo gustó de calificarse, un espléndido crítico, un delicioso intérprete de los pueblos y paisajes españoles y, por añadidura, un novelista y un dramaturgo, aunque en estas dos últimas versiones se le podrían achacar deficiencias técnicas que no perjudicaron lo esencial de su obra. Para

novelista le falta a *Azorín* imaginación, gusto por lo anecdótico, capacidad para lo que hay de turbulento en la vida. Para dramaturgo carecía de esa especie de impudor en el manejo de los recursos expresivos que exige la acción dramática. *Azorín* nunca fue un novelista propiamente dicho como Baroja, ni un dramaturgo cabal como Benavente, por solo citar dos hombres de su generación literaria. Su talento era demasiado estático, contemplativo, imparcial: demasiado intimista y enemigo de las exhibiciones que exigen la novela y el drama. No tenía vocación épica, sino, más bien, lírica. No era un pintor de grandes cuadros de historia, sino un miniaturista. Ortega y Gasset, en un excelente estudio que le dedicó en *El Espectador*, dijo de él que "es todo lo contrario de un filósofo de la historia: es un sensitivo de la historia". Observación muy aguda. No le complacían a *Azorín* las grandes escenas, las acciones extraordinarias, sino las escenas y acciones de la intimidad, aunque a primera vista pareciesen insignificantes. Ortega tituló su trabajo muy atinadamente: *Azorín. Primores de lo vulgar*. Formidable título que de un solo trazo nos revela todo el secreto del gran escritor que amaba y ponía de relieve lo vulgar, no porque le complaciese la vulgaridad, sino porque quería transformarla en materia artística, en emoción y belleza con el toque mágico de su prosa tenue y tremulante como una hojuela recién brotada que acaricia las mejillas del viento. Al mismo Ortega le pareció que la fórmula latina *maximus in minimis* lo definía exactamente; es decir, lo más importante es lo más pequeño. Para el miniaturista *Azorín* —ese Vermeer de Delft, ese Ter Borch de nuestra literatura— es en el precioso detalle, en el refinado matiz donde reside la belleza. Y la emoción. Y la gracia. Y el secreto y la gloria del ser.

Como crítico, *Azorín* lo fue más bien bondadoso. Su actitud ante las obras o los personajes no fue sistemáticamente desdeñosa u hostil, como sucede con frecuencia en nuestro mundo literario, sino comprensiva y benevolente. En algunas ocasiones hay en él severidad, pero nunca acritud. Le complace subrayar lo que

hay de positivo en lo que contempla y juzga, no lo que hay de frustrado o deficiente. Guía al lector, con mano amistosa, hacia lo conseguido y ejemplar, no hacia lo torpe o inútil, porque se propone ser un crítico edificante: un verdadero mentor de sus lectores. Y sin engolamiento, aparentemente impasible, se le adivina apasionado por lo que glosa. Quien guste de encontrar en los clásicos o en los contemporáneos nuevos puntos de vista reveladores y, a menudo, sorprendentes, que relea al *Azorín* crítico, buen compañero de viaje por la república de las letras.

Pero en lo que *Azorín* es realmente extraordinario es en su amorosa evocación de los pueblos y paisajes españoles. En *La ruta de Don Quijote*, *La voluntad*, *Castilla*, *Los pueblos*, *España* y, en realidad, en todo cuanto escribió, *Azorín* se recrea recreando la realidad española. Una realidad más bien triste, de nación venida a menos, un poco destartalada, pero en la que él descubre una belleza profunda y punzante. *Azorín* está enamorado de lo que podríamos llamar el envés de España: es decir, el entramado, la urdimbre con que se teje lo español, la españolía, la españolidad. Sus ojos, tan perspicaces como serenos, contemplan las personas y las cosas, los rincones urbanos y los panoramas campesinos con un amor profundo. No se detiene tanto en los perfiles externos, en las caracterizaciones o peculiaridades, como en la intimidad de lo que contempla. Mira lo que hay dentro, lo recoge, lo manipula delicadamente y lo coloca, con la exquisita pulcritud de un entomólogo, sobre la cándida hoja de papel. No es de vicisitudes y existencialidades de lo que está henchida la visión española azoriniana, sino de sustancias y esencias. También él parece no preocuparse tanto de una España que se puede morir y que, como todas las cosas vivas, muere un poco cada momento, como de la eternidad metafísica de España. A través de la más bien pobre, pero conmovedora, realidad, *Azorín* nos descubre una España siempre erguida sobre el trampolín de lo trascendente.

Como es lógico, no podía faltar Madrid, la capital de España, el rompeolas de las cuarenta y nueve provincias, como la define

el estupendo verso de Antonio Machado, en el glosario español que *Azorín* nos ofrece. *Azorín* nació en Monóvar, en la meridiana tierra levantina, pero muy joven vino a Madrid y en Madrid vivió hasta su muerte. En su obra es fácil rastrear su madrileñismo que jamás se desliza hacia lo anecdótico o pintoresco, sino que, acecinado por la fría mirada del escritor, se nos ofrece en esquemas esenciales. A Madrid dedicó el maestro un libro admirable que lleva por título el nombre de nuestra villa y del que este mismo Ayuntamiento hizo una edición muy bella, que le honra y que llenó de júbilo al gran escritor en sus últimos años. Un libro en el que Madrid aparece y desaparece, para volver a aparecer, con ese sutil juego de fintas y evasiones con que *Azorín* gusta de abordar sus temas. ¿Cómo ve *Azorín* a Madrid? ¿Hacia dónde van sus curiosidades y preferencias? Como era de esperar, a *Azorín* no le importan los conjuntos monumentales, las anchas vías o los suntuosos palacios. Solo le interesa aquello que vivió y en lo que puso sus ojos perspicaces: las casas de huéspedes, las redacciones de los periódicos, las boterías, los mercados, los cuchitriles de los libreros de viejo. Con su sosegada y media voz nos dice: "He vivido en Madrid en incontables pupilajes." Y con delectación de buen madrileño nos enumera una serie de calles humildes, pero cuya resonancia emociona a los que conocen bien a Madrid: "He vivido en la calle de Jacometrezo, en la calle de la Aduana, en la calle de Relatores, en la calle del Carmen, en la calle de la Ballesta... No sé en cuántas calles más." Fijense ustedes en que todas son calles modestas, pero castizas: de madrileñismo acendrado. ¿Y qué dice *Azorín* de las calles más célebres? Apenas nada. Cuando habla de la calle de Alcalá solo le importa la acera que va de Sevilla a Cedaceros, y cuando se refiere a la carrera de San Jerónimo solo le preocupa la que va de la Puerta del Sol a las Cuatro Calles. La misma Puerta del Sol le parece demasiado espaciosa para ser considerada como un conjunto y se interesa solo por su costado Sur, donde están el café Levante, la librería de Fernando Fe y el antiguo Ministerio de la Goberna-

ción. ¿Qué le pasa a *Azorín*? ¿Es miope y no puede ver más allá de lo inmediato? Nada de eso. Tiene una mirada analítica, no sintética. Y se complace en descubrir un mundo en cada fragmento, en cada detalle. Le preocupan las cosas al parecer más anodinas: las estaciones del ferrocarril —del Norte, del Mediodía, de las Delicias, de Arganda, de Goya—; el Rastro, del que dice que “difícilmente se encontrará en Madrid un lugar más filosófico”, sin duda porque allí, en el amontonamiento de viejos trastos, se puede ver mejor que en ninguna parte la tristeza de las cosas; las tiendas de los herbolarios en las que se exponen los saquitos de la manzanilla, la salvia, el romero, el cantueso, el tomillo y donde *Azorín* pretende que le vendan el eléboro, que es la planta de la locura, y el beleño que adormece, y la hierba “de pico” que es la más maravillosa de las hierbas, puesto que abre —¡pásmense ustedes, señoras y señores!— las cerraduras, y que *Azorín* querría adquirirla para abrir las puertas de la esperanza. Alguna vez parece como si el gran escritor quisiera sobreponerse a su humildad y meterse de rondón por los grandes temas. ¿Qué dice *Azorín* de esa maravilla vegetal que es el Parque del Retiro? ¡Oh!, muy poca cosa. No nos describe sus senderos umbrosos y sus árboles centenarios, sus estatuas y fuentes, su estanque poblado de barquillas, sino los niños pálidos que juegan al sol, después del duro invierno. ¿Y qué de esa otra maravilla del arte que es el Museo del Prado? Nos dice una frase un poco sibilina, pero extraordinaria: “Si el Louvre es un museo hembra, el Prado es un museo macho.” ¿Qué nos quiere decir el “pequeño filósofo”? Algo muy sencillo: que la pintura española —Ribera, el Greco, Zurbarán, Velázquez, Goya— no es una pintura amable para recreo y delectación de los ojos, sino tajante, rotunda, sin rodeos, donde la realidad no se disimula y el color es sombrío a fuerza de apasionarse. Por el Museo del Prado, de Madrid, pasa uno de los meridianos culturales del mundo. Allí está la hermosura austera, el vigor viril de una raza, el genio humano entre gritos de colores y formas. ¿Nunca habéis visto a la pura

belleza cara a cara? Pues id al Museo del Prado —ese corazón de Madrid— y la veréis, vestida a la española, mirando al mundo por encima del tiempo.

Azorín no se detiene mucho en los elementos naturales de nuestra villa. “El aire de Madrid es vivo y elástico —nos dice—. El agua de Madrid es fina.” No es mucho decir, pero, como en él es costumbre, es suficiente. El aire, el agua: esos dos elementales tesoros madrileños —ahora tan deteriorados por la civilización— que han sido siempre el orgullo de nuestra ciudad. Lo que se respira y lo que se bebe: lo que con más facilidad entra dentro de nosotros para ser rápidamente asimilado y hacerse carne de nuestra carne. Son las porciones de la naturaleza más próximas y asequibles, con las que nos relacionamos más y las que más influyen en el hombre. “El madrileño —dice *Azorín*—, inteligencia viva y sutil, es analítico e irónico. No se deja candorosamente alucinar.” ¿Alucinar? ¿Qué quiere decir esa palabra? Según el *Diccionario de la Lengua*, quiere decir “ofuscar, engañar, producir una sensación ilusoria”. ¿Pueden ser alucinados los madrileños que han visto tantas cosas, y tan dispares, a través de los siglos? Es difícil, por no decir imposible. Su inteligencia, viva y sutil, está de vuelta de muchas cosas. Pero, por fortuna, no de todas. Porque las hay tan profundas y verdaderas que nadie, ni siquiera los analíticos e irónicos madrileños, pueden soslayarlas.

¿Sera posible que *Azorín*, que vivió en nuestra villa setenta años, no hiciera una descripción panorámica de Madrid, un estudio general de su topografía, sus costumbres y sus habitantes? No solo es posible, sino lógico. Para él una ciudad, un pueblo, no es una emulsión multitudinaria, sino una serie de yuxtaposiciones. Para él, sin duda, es evidente que no hay un solo Madrid, sino, como suelen decir los castizos, varios Madriles: barriadas, cuarteles, arrabales, afueras, todos distintos y con su propia personalidad. *Azorín*, con su silencio y su cara de palo, pasea por esos Madriles como si pasease por mundos diferentes. No es una ciudad, sino un universo lo que recorre. ¡Qué riqueza de tipos,

hábitos, actitudes, vestiduras! *Azorín* descubre cada día nuevos continentes de emoción, originalidad, garbo. Madrid, señoras y señores, como suele decirse, es mucho Madrid. Tanto que ha sido suficiente para saciar a un hombre tan insaciable como *Azorín*. Es cierto que en todos sus libros no le dedica ni un piropo. Pero por todas partes se delata un amor callado, de un *chevalier servant* tímido y púdico.

Azorín vivió setenta años en Madrid. Setenta años son muchos y, al fin, se le aproxima, con su mullido paso de garduña, la muerte. En las ciudades también existen los cementerios. *Azorín* se queja de que en Madrid los muertos están lejos, "apartados de nuestra mirada", no como en París donde, como él dice, "están incluso en la ciudad". El "pequeño filósofo" nos relata sus visitas a los camposantos madrileños en las noches románticas de luna llena. Cuando, en el cementerio de San Nicolás, fueron exhumados los restos de Espronceda, *Azorín* estaba presente, y del "montón informe de huesos, cenizas y arrapiezos", como él dice, guardó un botón de nácar con un pedazo de seda de color tabaco de su chaleco. Espronceda estaba muy distante de *Azorín*; eran dos escritores antípodas, por no decir contradictorios. Pero la muerte es la gran unificadora; para ella no hay distinciones fundamentales. Y *Azorín* lo sabe ahora muy bien porque desde hace un año es uno de sus innumerables pupilos. Solía decir que los muertos no están muertos, sino que son ausentes: "ausentes por tiempo indefinido". Pero como el ser humano tiene historia y memoria, nadie muere del todo mientras es recordado. *Azorín* ha estado aquí, esta noche, con nosotros. En un rincón, en silencio, según su costumbre, contemplándonos serenamente. ¿Cuál sería ahora, ya en lo definitivo, su definición de la poesía, de la creación literaria? Posiblemente ésta: "Es un difícil caminar hacia el silencio, mientras la soledad fermenta en nuestra alma." Sí, es posible. Pero, acaso, también podría decir que es algo que se dice una vez para que nunca deje de decirse. En su caso, es verdad. Porque aquella voz tan concisa y mesurada, tan enjuta y sutil, no

se ha extinguido con su muerte, sino que nos sigue dictando la perdurable lección de la sobriedad y la elegancia: de la concisión y la sencillez como cimas de la belleza. Recordemos, para terminar de algún modo este homenaje que el Ayuntamiento de Madrid rinde al gran maestro, sus propias, emocionadas palabras: "¡Adiós, y veámonos, queridos amigos! Empleo para despediros una fórmula española ya en desuso. ¡Adiós, y veámonos! ¿Nos volveremos a ver? Y ¿dónde y cuándo? Resignémonos a la separación definitiva. Como en un crucero, vosotros os marcháis por un camino y yo me marchó por otro. Y de cuando en cuando, conforme nos alejamos unos de otros, volvemos unos y otros la cabeza para dirigirnos la última mirada." *Azorín* acaba de despedirse de sus lectores y, a través de mi voz, de cuantos estamos aquí, con su sencillez habitual, procurando esconder su emoción para que podamos disimular la nuestra. El maestro se va alejando lentamente de nosotros, lo vemos cada vez más confuso, apenas distinguimos su rostro cuando se vuelve para decirnos adiós. Pero Madrid no quiere resignarse a una separación definitiva y, apenas transcurrido un año de su muerte, ya tiene perpetuada su figura, fundida en bronce, en uno de los rincones más solitarios y apacibles de la ciudad. El pueblo de Madrid parece inconstante y olvidadizo, pero no lo es. No le gusta, es cierto, dramatizar, y prefiere que lo tachen de frívolo a que lo tachen de farsante. Pero, como se dice en la conocida zarzuela, también tiene su corazoncito. Un corazón sensible, pero pudoroso. En definitiva, un corazón de estilo azoriniano. Porque en esto, como en tantas cosas, quisiera ser siempre el mejor discípulo del gran maestro que reposa en él. He dicho.

